



Inmortalizar la muerte de las artes visuales

TEXTO: NATHALIE MESA SÁNCHEZ
FOTOS: RAYMO HERRERA

Nunca sentimos más deseos de vivir que cuando nos encontramos cerca de la muerte, es la idea central que propone la exposición *La vida es inmortal cuando se acaba*, de la joven artista Alejandra González, que en fecha reciente se inauguró en la galería Acacia.

La muestra se trata de un homenaje a la importante artista, ya fallecida, Ana Mendieta, ícono del arte contemporáneo y de la cual muchas predecesoras cubanas han bebido por su impacto, de manera fundamental en la fotografía, el videoarte y el *performance*. González quien, estoy convencida, ha sentido una conexión sobrenatural con Mendieta, vierte ese ensamble a través de su creación, y de esta manera, revela un enigmático estado de espiritualidad indescifrable e impactante.

La museografía, por su parte, fue un gran galardón para condicionarnos hacia este ambiente. En la primera sala se recrea un escenario na-

tural: los tres videos de Mendieta se colocaron sobre la pura y árida tierra, evocando ese llamado a lo terrenal, a la génesis, que, en muchas ocasiones, asistió la autora.

En la siguiente sala todas las obras, de la autora de Alejandra González, responden a la frase que escribiera la homenajeada en su diario personal y que da título a la muestra: *La vida es inmortal cuando se acaba*. A través de la propia experiencia de su encuentro con la crisis, Alejandra exhibe en la fotografía, el video, la instalación y el *performance*, esa realidad inestable, agonizante y traumática que vive, e incluso, la llevó al estudio científico sobre este proceso. Las instalaciones de fotos son el testimonio de González de su paso, el colapso mental, el llanto y la desesperación.

Y en este sentido, nos cuenta que sus estados de crisis son el momento cumbre en el que siente la necesidad de vivir. Por eso, ante la idea de Mendieta, responde con la frase: estar cerca de la muerte inmortaliza el deseo de vivir, título del video, con el cual cierra la exposición. En él, aparece con un vestido negro, caminado cerca del mar. González se lo quita como quien se deshace de todo lo negativo, la basura de su vida, quedado desnuda en el acto. Luego procede a quemarlo hasta dejarlo en cenizas, las cuales toma en sus manos, y de esta manera, despojada de su mal, continúa su paso por la ruta de la vida.

Entonces no se trata de una expresión negativa ni desesperanzadora, sino un homenaje, una evocación a la esperanza de la existencia. Buena elección de Acacia de traer a la joven González, de tan solo 23 años, a exponer por primera vez en Cuba su muestra personal, pues acompañada de Mendieta, el éxito ya es un hecho. Hasta el 24 de abril se inmortaliza la muerte desde las artes visuales.



Alejandra González junto a sus obras.



El arte de no estar calladas

TEXTO Y FOTO: NAYAREN RODRÍGUEZ SOCARRÁS

"Trazar una suerte de cartografía artística donde se muestre la esencia discursiva del sujeto femenino en el arte cubano de los últimos 30 años es el objetivo de la exposición colectiva *El arte de no estar calladas*", reconoce en entrevista exclusiva, Jorge Peré, crítico de arte y curador de la muestra.

La idea es reconocer la producción de un grupo de creadoras desde los años 90 hasta la actualidad, la cual representa los conflictos de las mujeres y la lucha por los derechos, "en aras de poner a dialogar a distintas generaciones que han obedecido al concepto de reivindicación ante el patriarcado y la liberación en todos los sentidos".

De igual manera, las obras tienen un valor autorreferencial o autobiográfico, pues son una declaración personal o la representación de la propia autora. Por ejemplo, aparece dentro de un *performance* Katiuska Saavedra, en un video Marianela Orozco y Adriana Arronte, y mediante una metáfora Ariamna Contino; este último caso constituye una escultura hecha con



los tres materiales (cemento, parafina y papel) con los que ha trabajado la artista y su peso total es el mismo que el de Contino, 54 kilogramos.

"Hay una indagación hacia adentro y experiencias que pueden ser afines a cualquier mujer", destaca Peré, quien agrega que se muestra una variedad de lenguajes y manifestaciones como la fotografía, el videoarte y la pintura.

¿Por qué seleccionar específicamente a estas artistas?

—Cada vez que se hace una exposición colectiva acecha el peligro de dejar fuera a alguna figura trascendente. Tristemente obviando algunos nombres que considero imprescindibles en la construcción del discurso femenino, escogí a quienes creo que muestran el espíritu de distintas épocas.

De manera especial, insiste en que Rocío García es el punto de partida pues todas se identifican con su producción y reconoce que las artistas de los años 2000 cuentan con otros códigos y las más jóvenes, quienes están entrando en escena, producen obras de inmediatez. Otras de las artistas presentes en la muestra son Diana Fonseca, Mabel Poblet, Alejandra González, Liz Capote y Aimeé Joaristi.

La exposición fue inaugurada el viernes 6 de marzo, como parte del Festival de la Mujer 7 Palabras, y estará un mes en la Galería Taller Gorriá, ubicada en San Isidro No. 214, entre Picota y Compostela, en el municipio de La Habana Vieja, con horario abierto al público de martes a domingo, entre las 10:00 a.m. y las 4:00 p.m.

LECTURA PARA TI

POR: VÍCTOR GONZÁLEZ



Abandonada. Avergonzada. Violencia. Prisionera. Angustia. Rutinario. Cotidiano. Miedo. Quisiera. Puedo. Lo haré. Esperanza. Estas son algunas de las palabras que sirven como brújula al lector para adentrarse en *Una vida poco común* (colección Orbis, Editorial Arte y Literatura), al decir de la actriz y escritora Lourdes Suárez.

Este relato autobiográfico, también publicado bajo el nombre *Una vida menos ordinaria*, de la escritora Baby Halder, se ubica en una India representada por su alegre, colorido y exótico turismo, en contraste con familias deformadas, y anquilosadas en costumbres milenarias, las cuales por encima de darle un lugar justo a la mujer en esa sociedad, se convierte, de la forma más acérrima, en un escollo para su derecho a la equidad.

El título dialoga con la triste realidad de las mujeres en ese país, la que para muchas sí es más común de lo que parece. La autora, todavía adolescente, debe enfrentarse a un casamiento con un hombre de 26 años, mientras ella tiene 13. Un acto habitual, regido a causa de las más rancias tradiciones culturales, asentadas en una ideología patriarcal y machista.

Ella, "niña-mujer", se ve obligada a enfrentarse al destino impuesto de modo natural, a comer de las sobras de su "marido", a ser menos que la vasija donde sirve el agua a su cónyuge. Pero un día decide romper con todo y luchar en virtud de lo importante.

Sin embargo, como apunta su contraportada, este no es un libro escrito a partir del rencor o deseos de venganza; celebra la lucha y la victoria de una mujer en el ámbito que le tocó vivir. Una historia sobre el dolor, con un mensaje de libertad a todas esas ultrajadas e invisibles. Es un canto para seguir adelante y no darse jamás por vencidas.

Alienta a tomar la decisión correcta. Es una memoria vital y vibrante, un elogio a la resiliencia de las heroínas anónimas del mundo. Es luz en medio de la nebulosa oscuridad de estos días, donde la humanidad se imagina incólume.